

su fausto y con su vanidad la ignominia de la cruz de que Vos os gloriais. Haced que se hagan como una obligacion el sufrir antes que agradecer los homenajes y la sumision de los fieles; los que por otro lado deben siempre de su parte respetarlos. Haced que en las ocasiones en que tal vez se hallan de sostener sus derechos y su esfera se guarden del espiritu de dominacion y de orgullo, el cual muchas veces se esconde bajo el manto de celo y de autoridad. Preservad, ó Dios mio, vuestro pueblo de aquellos falsos doctores que, mas artificiosos aun que los escribas, esconden su orgullo bajo las apariencias de modestia y de humildad, de aquellas falsas guias que, bajo la máscara de una aparente virtud, dejan un libre curso á sus pasiones, de aquellos hombres peligrosos que bajo el pretexto de doctrina, y bajo el velo de una austeridad de ostentacion, no dejan ni aun conocer al Autor mismo de la salud. Amen.

MEDITACION CCLV.

DE LOS CUATRO PRIMEROS ANATEMAS CONTRA EL FALSO CELO DE
LOS ESCRIBAS Y DE LOS FARISEOS.

(Matth. xxiii, 13-22; Marc. xii, 40; Luc. xx, 47).

Primer anatema, contra su malicia en desviar la gente del reino de Dios.
Segundo anatema, contra su hipocresia por sacar á fuerza dineros de las viudas.
Tercer anatema, contra su ardor en acrecentar el número de sus secuaces.
Cuarto anatema, contra su temeridad en decidir de ciegos.

PUNTO I.

Primer anatema, contra su malicia en apartar la gente del reino de los cielos.

« Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque cerrais á los hombres el reino de los cielos, porque ni vosotros entráis, ni permitís que en él entren los que están para entrar!... »
¿ No es por ventura este un exceso de malicia bien digno del anatema del Salvador?... Si tú no quieres vivir de cristiano ó pensar de católico, no impidas á lo menos á aquellos que lo quieren. Seas tú ya que lo quieres tan desesperado que renuncies á tu salud; pero ¿ qué furor es el tuyo de impedir á los otros que se salven? No lo impido, dirás. Pues ¿ á qué se enderezan estos discursos libres, impíos y sediciosos que tienes; esos libros contra las costumbres, contra la Religion y contra la Iglesia que vas esparciendo? ¿ Por qué aquellos ultrajantes desprecios, aquellas burlas mordaces, aque-

lla continua persecucion, y aquella guerra abierta que haces á los que no piensan ni viven como tú?... ¡ Ah! tema, pues, cada uno de ser participante de este anatema. ¡ Cuántos iban por sí mismos encaminados al bien, y estarian ahora en el reino de los cielos que estaba abierto para ellos, si no los hubieran extraviado ciertos falsos amigos, ciertos hipócritas! Y nosotros ¿ tenemos alguna cosa por ventura de que reprendernos en este punto? Nuestros discursos, nuestros malos ejemplos, nuestros escándalos ¿ no han apartado á alguno del camino de la salud? ¿ Y cómo reparar un tan grande pecado sino con una penitencia severa, con lágrimas perennes y con un verdadero celo por la salvacion de las almas, para ayudarlas, animarlas y sostenerlas en sus buenas disposiciones, y defenderlas contra los que pretenden alejarlas?

PUNTO II.

Segundo anatema, contra su hipocresia para sacar el dinero de las viudas.

« ¡ Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque devorais á las casas de las viudas con el pretexto de largas oraciones! por « esto seréis juzgados mas severamente... » ¡ Anatema justamente merecido! ¡ Qué indignidad ver á estos doctores de una severidad hipócrita unirse y entremeterse con un sexo débil y poco instruido para encapricharlo de su fanatismo; hacer desviar de la decencia de su estado á mujeres respetables, inspirándoles el amor á las disputas, el gusto de las cuestiones teológicas, y un tono decisivo en las materias de fe; oprimirlas con contribuciones á favor y en ventaja de los hipócritas que las engañan, y de la cábala que hace burla de las insensatas! Pero si estos hipócritas engañadores son infinitamente culpables, ¿ serán excusables estas almas engañadas? ¿ Deberian ellas sufrir que en su presencia se pusiesen en problema la autoridad y las decisiones de la Iglesia; que les hiciesen abandonar la humildad, la docilidad y la obediencia, que es debida á los legítimos pastores, y que conviene tambien á su estado? ¿ Pueden por ventura decir que no conocen á estos falsos doctores que no encomiendan otra cosa que verdad y caridad, y que despues no destilan otra cosa que el veneno de la maledicencia y de la sátira, y cuya boca es un perpétuo eco de absurdos y de calumnias inventadas por los enemigos declarados de la Iglesia? Hé aquí de lo que tendrán ellas que responder, sin que las excuse el frívolo pretexto de haber sido engañadas.

PUNTO III.

Tercer anatema, contra su ardor en acrecentar el número de sus secuaces.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque correis el «mar y la tierra para hacer un prosélito, y hecho que sea, lo ha- «ceis hijo del infierno al doble que vosotros!...» Estos prosélitos de que les reprueba aquí el Salvador andar en busca con tanta fatiga y tanta pena, no eran ciertamente gentiles que ellos buscasen para convertirlos, sino israelitas que se esforzaban á traer á su secta... El celo de los sectarios no se emplea en iluminar los idólatras, en reconciliar los herejes, en convertir los pecadores. Por todo esto viven en la inacción y en el silencio; se emplea bien, sí, toda su actividad en pervertir los católicos para atraerlos á su partido, y por este solo indicio sería fácil conocerlos... «*Recorreis el mar y la tierra...*» Esta expresión es una manera de hablar que no se debe tomar á la letra, significando solamente que estos hacían todos sus esfuerzos, y lo ponían todo por obra para conseguirlo. El sacrificio de abandonar la patria para extender el reino de Jesucristo no ha sido cuási jamás propiedad de los herejes. Este celo verdaderamente apostólico, que hace correr tierras y mares, ni se ha visto ni se ve ahora en alguna otra religion que en la católica. La pretendida Reforma que se gloria de renovar los primeros siglos de la Iglesia no se atreverá á decir que los imita en este punto. Y ¡oh qué medios emplean los sectarios para acrecentar el número de sus secuaces, y para desacreditar á aquellos cuyo celo temen! Sean justos ó injustos estos medios, honestos ó torpes, poco importa; de todo se aprovechan... «Lo haceis hijo del infierno al doble que vosotros...» Sin referir todas las explicaciones que se han dado á estas palabras, la experiencia nos hace ver muy bien que los sucesores de los malvados son todavía mas malvados que ellos... «Hijos del infierno...» Esta expresión no le pareció demasíadamente fuerte al divino Maestro de la verdad y de la dulzura, ¿y no hará ella entrar dentro de sí mismos á aquellos que se abandonan á un celo tan furioso, y cuya injusticia por necesidad deben comprender ellos mismos? ¿No contendrá á los que se dejan arrastrar del error?

PUNTO IV.

Cuarto anatema, contra su temeridad en decidir de ciegos.

«¡Ay de vosotros, ciegos conductores, que decís: todo el que jure por el templo, nada es; pero el que jure por el oro del «templo, queda obligado! ¡Necios y ciegos! ¿qué cosa es mayor, «el oro, ó el templo que santifica el oro? Y todo el que jure por «el altar nada es; pero cualquiera que jure por la oferta que es- «ta sobre él, queda obligado. ¡Ciegos! ¿qué cosa es mayor, la ofer- «ta, ó el altar que santifica la oferta?...» Son pocas las materias sobre que hayan mostrado los herejes tanta ceguedad como sobre las del juramento. Los unos han dicho que en ningun caso podia ser permitido; los otros han acusado á la Iglesia de injusticia y de violencia, porque quiere en ciertos casos asegurarse con el juramento de la fe de sus discípulos y de sus ministros; otros finalmente han llegado á decir que estos juramentos eran nulos, que se podían hacer contra verdad, sin escrúpulo, y perjurar sin pecado. ¡Qué doctrina! ¿qué conductores! ¿qué moral! ¿No es preciso que sea al sumo ciego el que se deja conducir de tales guías? El origen de esta ceguedad es el interés, que hace que se estime y se ame mas el oro que el templo, y la oferta mas que el altar, el beneficio mas que la fe, y la renta del beneficio mas que el servicio de la Iglesia y la salvación de las almas... ¡Maldito interés, cuántos perjuros, mercenarios, ciegos é hipócritas haces tú todos los días! El remedio de esta ceguedad es formarse una justa idea de las cosas, y penetrar bien esta máxima del Salvador, que el templo santifica al oro, y que el altar santifica las ofertas que en él se hacen, de las que el ministro del templo y del altar puede legítimamente servirse. Este es el oráculo de Jesucristo, sobre el cual debe cada uno regular su estima, su amor, sus palabras y su conducta. Un segundo medio de remediar nuestra ceguedad es, servirnos de las cosas visibles para elevarnos á las invisibles... «El que jura, pues, por el altar, jura «por él y por todas las cosas que están sobre él. Y el que jura por «el templo, jura por él y por el que lo habita, y el que jura por «el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está sentado sobre «él...» Nosotros al presente estamos bien instruidos sobre la naturaleza del juramento: dejando, pues, esta materia aparte, nos podemos aprovechar de las palabras del Salvador para excitarnos á algunas prácticas piadosas y de consuelo... Echemos frecuentemen-

te los ojos sobre el altar, y con los ojos de la fe miremos en él aquel que es al mismo tiempo el altar, el sacerdote y la víctima. Veamos allí todos los corazones de los verdaderos fieles purificados y santificados por el de Jesucristo, al que ellos se unen. ¿Rehusaremos nosotros llevarle y ofrecerle el nuestro? Llevémoslo con fervor, y ofrezcámoslo con confianza, porque es el altar de propiciación... Entremos en el templo, estemos en él, y salgamos de él con aquel religioso respeto que nos debe inspirar la majestad invisible de Dios que en él habita, y que de él hace su casa, para recibir allí nuestros votos y nuestros homenajes... Á la vista de este cielo elevado sobre nuestras cabezas pensemos que allá está el trono de Dios, que allá está sentado, que desde allí ilumina, contempla y juzga los pueblos y los reyes, y que es allá donde nos llama, que aquella es la morada deliciosa que nos destina, y donde nos han precedido ya muchas almas felices que gozan la recompensa concedida á la fidelidad que han tenido en las mismas pruebas que Dios exige de nosotros.

Peticion y coloquio.

Sostened, ó Señor, vuestra Iglesia contra el infierno y sus factores. Proteged vuestros siervos fieles, únicamente celosos de los intereses de vuestra gloria y de la salvacion de las almas. Preservad vuestro pueblo de una seduccion tanto mas temible, cuanto que asalta á un mismo tiempo nuestra fe y nuestras costumbres. Conservad en vuestra Iglesia aquel espíritu apostólico que en las mas remotas y mas bárbaras naciones le forma hijos dignos de ella. Amen.

MEDITACION CCLVI.

DE LOS CUATRO ÚLTIMOS ANATEMAS CONTRA LA FALSA RELIGION DE LOS ESCRIBAS Y DE LOS FARISEOS.

(Matth. xxiii, 23-33).

Quinto anatema, contra la omision de las cosas esenciales. Sexto anatema, contra la negligencia de lo interno. Séptimo anatema, contra las falsas apariencias. Octavo anatema, contra el espíritu de violencia y de persecucion.

PUNTO I.

Quinto anatema, contra la omision de las cosas esenciales.

1.º *En la práctica de la virtud...* «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagais la décima de la yerba buena, y del anís, y del comino, y habeis omitido lo mas esencial de la ley, la

«justicia, y la misericordia y la fe! Era necesario hacer estas cosas, «y no omitir aquellas...» La décima de estos granos menudos no estaba comprendida bajo la letra de la ley; el pagarla era una obra de supererogacion, y en sí misma laudable, si hubiese tenido un buen principio, y si en esto no hubiera tenido parte la hipocresía; pero no por esto se debía omitir lo esencial de la ley. Guardémonos de caer en la misma culpa. Seamos exactos en cumplir ciertas prácticas particulares, ciertas devociones de nuestra eleccion, ciertas obras de nuestro gusto; pero no omitamos despues las obras esenciales de la ley. Tres de estas nombra aquí solamente Jesucristo, que miran al prójimo: examinemos cómo las practicamos nosotros... 1.º *La justicia...* Si estamos sentados en los tribunales, ó si tenemos algun empleo que tenga relacion con ellos, ¿cómo cumplimos nuestras obligaciones? ¿Somos diligentes, estamos atentos, y somos constantes? ¿Somos justos, inflexibles, equitativos, desinteresados? ¿No ocasionamos acaso por nuestra culpa pérdidas, gastos, justos lamentos y quejas? Si no somos jueces, ¿por qué nos entremetemos en tantas ocasiones á juzgar á nuestro prójimo? ¿Y lo juzgamos con equidad? ¿No lo juzgamos por ventura con malignidad, por odio, por antipatía y por celos inicuos?... 2.º *La misericordia...* ¿Cómo la ejercitamos nosotros? ¿Perdonamos las faltas, las ofensas, las injurias? ¿Soportamos con paciencia y dulzura los defectos del prójimo? ¿Somos sensibles á su miseria, á su afliccion, á sus penas? ¿Lo aliviarnos con nuestras limosnas, con nuestros consejos, con expresiones de compasion, y con palabras dulces y de consuelo? ¿No lo despedimos con aspereza, con impaciencia, con desprecio?... 3.º *La fe...* Se debe suponer siempre en el cristiano una fe para con Dios, humilde y ortodoxa; de otra manera, sin ella no hay verdadera virtud. Aquí se trata de la fe para con el prójimo, de la buena fe en el comercio de los hombres, de la fidelidad en los contratos, de la exactitud en mantener las promesas, y de la verdad en todas nuestras palabras; de manera que estén siempre léjos de ellas, el fraude, la mentira, el equívoco, la disimulacion, la malignidad, la sátira, la maledicencia y la calumnia... ¡Oh y cuán enérgicas son estas tres palabras! ¡Oh y cuántas obligaciones incluyen! Con recomendárnoslas como esenciales no se nos dice ya que olvidemos las devociones particulares que podemos practicar útilmente; por esto sobre este punto imprimamos bien en nuestro espíritu la máxima del Salvador... «Es necesario hacer estas cosas, y no omitir «aquellas...»

2.º *En la huida del vicio...* La delicadeza escrupulosa de los escribas y de los fariseos era tan excesiva, que usaban hasta la atencion de pasar por una especie de cedazo todo lo que bebían, por temor de tragar alguna cosa impura. Sobre lo cual el Salvador les dice: «Conductores ciegos, que coláis un mosquitillo, y os tragáis «un camello...» ¿No es este nuestro retrato? Nos hacemos escrupulo, nos acusamos de muchas cosas indiferentes ó ligeras; en ellas ponemos una atencion que llega hasta producir en nosotros inquietud, y es un mosquitillo el que nos tiene ocupados. Pero sobre las obligaciones de nuestro estado, sobre los sentimientos íntimos de nuestro corazon, sobre una pasion que nos domina, sobre un hábito cambiado ya en naturaleza, ni siquiera volvemos los ojos, no ponemos atencion alguna, y se cometen despues pecados considerables contra la caridad, contra la pureza y la justicia, sin sentir remordimientos y sin quererlo advertir. ¿No es esto tragarse un camello? ¡Deplorable ceguedad! cada uno debe pensar en preservarse de esto á sí mismo, y los conductores de las almas deben pensar en preservar de esto á los otros.

PUNTO II.

Sexto anatema, contra el olvido de lo interno.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque por de fuera limpiáis el vaso y el plato, y por dentro estais llenos de ra-
«piña y de inmundicia!...»

¿Quién, pues, estará exento de tener que reprenderse de tener mas cuidado del externo que de lo interno? Equidad, bondad, honestidad, fe, religion. Ninguno querría decir ó hacer la mas mínima cosa que diese que pensar de haber faltado á estas virtudes; pero despues ¿cómo van las cosas en el interno? ¿Cuáles son nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros proyectos escondidos, nuestras prácticas secretas, nuestras industrias enmascaradas y nuestras obras tenebrosas? De esto ni tomamos pena ni cuidado; sobre esto echamos un denso velo que todo lo oculta á nuestros ojos... «Fariseo ciego, limpia primero lo de «dentro del cáliz y del plato para que sea limpio lo que está fuera...» Empecemos por examinar si aquel lujo, aquella suntuosidad, aquella delicadeza y aquella abundancia en que vivimos sean para nosotros un fruto y origen de pecado; *fruto de rapiña, ó de inmundicia.* Comencemos por restituir lo mal adquirido y usurpado, por pagar

á aquel acreedor, á aquel artífice, á aquel siervo que padece por nuestra dilacion, por aliviar á aquel pobre que se muere en la miseria, que es ciertamente nuestro hermano, y que está confiado á nosotros por la Providencia. Comencemos por formarnos el plan de una vida cristiana, pura, sóbria y penitente; y entonces vendrá á quedar limpio por sí mismo lo de fuera. Pero ¡oh y cuán pocos quieren tomarse este cuidado! Basta que lo de fuera esté bien arreglado, que queden en salvo las apariencias, y que los hombres estén contentos, y se imaginan que todo está ya hecho.

PUNTO III.

Séptimo anatema, contra las falsas apariencias.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que por defuera aparecen «bellos á los hombres, pero dentro están llenos de huesos de muertos «y de toda inmundicia! así tambien vosotros por defuera compare-
«ceis justos á los hombres, pero dentro estais llenos de hipocresía «y de iniquidad...» Horrenda pintura, pero verdadera, del estado de aquellos que viven en el pecado, y que nos debe enseñar: Lo 1.º *Con qué ojos debemos mirar todo lo que brilla en el mundo...* Mundanos y mundanas, vosotros ya no me engañaréis; el oro y la seda con que os cubris, el arte y el cuidado con que os adornais, todo el resplandor que os rodea ya no deslumbra mis ojos. Si vosotros estais en gracia, sois templos de Dios y llevais dentro de vosotros un tesoro inestimable; pero si estais en pecado, no sois otra cosa que sepulcros blanqueados, y bajo de aquellas apariencias espléndidas no encerrais otra cosa que hipocresía é impureza: en ellas se engañan los ojos de los hombres, pero no se engañan los de Dios. El yerro mismo de los hombres no durará largo tiempo, caerá bien presto á tierra el muro del sepulcro, y comparecerá la inmundicia sola. ¿Y por qué no solicitais purificaros antes que venga aquel terrible día á cubriros de una confusion eterna?... Lo 2.º *Con qué circunspeccion debemos tratar con los hombres...* Nosotros no debemos juzgar ni aun sospechar de ninguno: debemos creer en particular, que todos son santos; pero estemos en general advertidos que hay muchos que solo tienen la apariencia, y son sepulcros blanqueados. Luego, pues, que algun indicio, una apestada exhalacion, una palabra contra la fe, una inmodestia, alguna de las maneras que son muy familiares y muy libres nos descubran el sepulcro, luego, lue-

go rompamos, huyamos, cortemos todo comercio; y con semejante suerte de personas conservemos aquel solo vínculo que exigen de nosotros las leyes de la caridad comun y de la sociedad civil. Lo 3.º *Con qué sentimiento de humildad y de temor debemos pensar de nosotros mismos... ¿He vivido en el pecado? ¿qué cosa, pues, era yo entonces? Un aire de modestia, de dulzura y de moderacion escondia mi oprobio y mis remordimientos á los ojos de los hombres. ¡Ah! si hubiesen visto toda la corrupcion de mi corazon, me habria muerto de vergüenza y de confusion. Pero por mas que no me viesen no dejaba por eso de ser un sepulcro blanqueado, lleno de huesos de muertos y de toda inmundicia... ¡Ay de mí! Señor, ¿estoy aun en este estado? ¿Tendré acaso la desgracia de recaer en él otra vez? No lo permitais, ó Dios mio; dadme un tal horror de él, que huya de cuanto me puede precipitar en él. Tal es la resolucion que tomo; fortificadla con vuestra gracia.*

PUNTO IV.

Octavo anatema, contra el espíritu de violencia y de persecucion.

1.º *El que se abandona á este espíritu de violencia lo disimula aun á sí mismo... «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que fabricais sepulcros de los Profetas, y adornais los monumentos de los justos! Y decís: si hubiésemos estado en el tiempo de nuestros padres, no habríamos sido cómplices con ellos de la sangre de los Profetas...» El error y el vicio han perseguido siempre la fe y la virtud; pero los perseguidores han procurado siempre esconder sus excesos, protestando que no pueden sufrir la violencia, y no hablando de otra cosa que de dulzura, de humanidad, de caridad y de tolerancia. Pero los hechos tienen otro lenguaje. Se honran los Mártires, y se imitan los que los han perseguido y hecho morir. «Así probais contra vosotros mismos que sois hijos de los que hicieron morir los Profetas...» No manifiesta aquí el Salvador todo su pensamiento; se contenta solo con dejarlo entrever. Lo que decian los fariseos probaba que se reconocian segun la naturaleza por hijos de los que hicieron morir los Profetas; pero lo que probaba que eran hijos segun el espíritu y el carácter eran las maquinaciones contra Jesucristo, sus cábalas, sus conjuraciones, sus calumnias, su rabia, y la resolucion que habian tomado de deshacerse de él á cualquiera costa.*

2.º *El que se abandona á este espíritu de violencia pone el colmo*

á la medida... «Llenad, pues, la medida de vuestros padres...» La llenaron tres dias despues, con hacer morir á Jesucristo, y desde aquel tiempo el pueblo judaico ha sido siempre una nacion proscrita, enemiga de Dios que ella finge adorar aun; y privada del don de la fe y de la verdadera Religion. No es la primera persecucion la que destierra la fe de un país y de una nacion. ¡Desventurados aquellos que comienzan esta persecucion, desventurados los que la continuan; pero mas desventurados los que la ponen el colmo, que acaban de engañar al pueblo, que lo separan de la Iglesia, y que le hacen desechar el yugo de la fe para sujetarlo al del error! ¡Dichosos aquellos que sufren la persecucion, que sostienen la fe, y que ahuyentan el error; pero mucho mas dichosos son aquellos que son víctimas de su celo ó de su fidelidad, y que llegan al colmo de la gloria con el sacrificio de su vida!

3.º *El que se abandona á este espíritu de violencia merece del Salvador los nombres mas odiosos y los castigos mas severos... «Serpientes, raza de víboras, ¿cómo os escaparéis de la condenacion del infierno?...» Estas terribles palabras ¿no pondrán al fin algun reparo, algun obstáculo á los heresiarcas, y á los que les dan su ayuda y cooperan en su ministerio? Si Jesucristo en los dias de su dulzura, y cuási á la vigilia de morir, los trata con tanto rigor, ¿cómo los tratará en el dia de su cólera? ¿Qué juicio ejercitará sobre ellos? ¿Á qué suplicios los condenará, estando culpados de la pérdida de tantas almas de generacion en generacion? ¿Cómo debemos nosotros mismos mirar los que conmueven los fundamentos de la fe, que nos apartan de la sumision á la Iglesia, é intentan pervertirnos contra los que la defienden? ¡Cuánto debemos temer ser participantes de su pecado, de su nombre, de su juicio, de su condenacion y de su infierno!*

Peticion y coloquio.

Animadme, ó Dios mio, con vuestra gracia para que no ponga el sello á mi reprobacion con unirme al error. Libradme, ó Salvador mio, de aquel espíritu farisaico que hace reformar solo lo externo, que bajo las apariencias de la piedad ofende las leyes de la buena fe, de la caridad, de la justicia, y que bajo el pretexto de sostener los intereses de la Religion no respira otra cosa que odio, resentimiento y malignos celos; dadme vuestro espíritu, que me comuniquen un amor constante y generoso por la verdad, y que sobre todo me inspire la pureza del corazon y el sacrificio de las pasiones. Amen.

MEDITACION CCLVII.

PREDICCION DE LAS PERSECUCIONES Y SU CASTIGO.

(Matth. xxiii, 34-39).

Admiremos aquí : 1.º la sabiduría de Dios ; 2.º su justicia ; 3.º su ternura.

PUNTO I.

De la sabiduría de Dios.

« Por esto (*continuó Jesucristo*) hé aquí que yo envío á vosotros « profetas, sábios y escribas ; y de ellos mataréis, crucificaréis, y de « ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad « en ciudad... » Aquí dice Jesucristo que es él mismo el que enviará ; y en san Lucas ¹ dice que es la sabiduría de Dios ; lo que nos hace comprender que Jesucristo es la sabiduría de Dios. Ahora, pues, esta sabiduría de Dios resplandece aquí de varias maneras :

Lo 1.º *En orden á los perseguidores*, dejando que usen de su libertad, que sigan los movimientos de sus pasiones, que pongan el colmo á sus iniquidades, y llenen la medida de los pecados de aquellos que los han precedido, y cuyas huellas van pisando. Querrian algunos que Dios impidiese todos los desórdenes, que contuviese el brazo de los impíos, les quitase todo el poder de hacer mal á los justos, de atemorizar á los débiles, y de engañar á los simples... Calla, sabiduría humana, humíllate á los piés de la sabiduría divina, adora sus caminos ; conténgase toda tu atencion en conocer lo que ella pide de tí, y en practicarlo.

Lo 2.º *Esta sabiduría de Dios resplandece en los profetas que ella envía*, dándoles ocasion de mostrar su fidelidad, de señalar su valor, y de poner el colmo á sus méritos y á su gloria. Si no hubiera habido jamás perseguidores y tiranos, no tendria la Iglesia ni hubiera tenido tantos héroes que celebrar, ni el cielo mártires que coronar. ¡ Qué gloria para ellos, qué felicidad ! De este modo la sabiduría de Dios sabe sacar de los mayores males, como son los pecados, los mayores bienes, como son su gloria, y la de sus Santos.

Lo 3.º *Esta sabiduría de Dios resplandece en el pueblo á que ella envía los profetas* con suministrarles con esto medios de salud, que prueban su amor y justifican su providencia. No obstante los pecados que reinan sobre la tierra, no obstante las malas disposiciones de los impíos, Dios no deja de exponer sus enviados á su furor para empeñar

¹ Luc. xi, 49.

á la penitencia, y salvar á los que querrán escucharlos. Si Dios deja obrar á los engañadores, les opone sus sábios y sus doctores ; y si aquellos atemorizan con su violencia, estos animan con su constancia. Por poco que el pueblo no quiera ser engañado, es fácil aun al mas simple distinguir al profeta de sus perseguidores, á los que la sabiduría de Dios ha enviado, que traen la mision de Jesucristo y son reconocidos por la Iglesia, de aquellos que son enviados por solo su espíritu, y por su odio y envidia, y que apartan de la obediencia legítima debida á los pastores legítimos de la Iglesia. Puede tal vez alguno ser sorprendido de una falsa prevencion que lo aleje del camino recto ; pero si esta prevencion es inocente será breve : bien presto se la declarará la recludud, si no lo impide alguna pasion. De esta manera se hace la discrecion de los buenos y de los malos, de los justos y de los pecadores : los justos participan de los sufrimientos de los Profetas y de su recompensa ; los pecadores participan de las violencias de los perseguidores y de su castigo. ¿ De qué número somos nosotros ? ¿ Á qué parte nos inclinamos ? Llamemos á nuestra memoria cuantos profetas, sábios y doctores nos ha enviado Dios, y acaso á nosotros en particular, para tocarnos al corazon, para conducirnos, y para instruirnos en los caminos del Señor. ¿ Qué reconocimiento les mostramos nosotros ? ¿ Qué fruto hemos sacado ? ¡ Ah ! debia yo ser un santo despues que Dios ha hecho tanto por mí, y despues de tantos socorros como me ha enviado, y con todo eso soy aun débil, flaco, tibio, irresoluto, y acaso tambien un grandísimo pecador.

PUNTO II.

De la justicia de Dios.

« Para que caiga sobre vosotros toda la sangre justa esparcida sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien quitásteis la vida entre el templo « y el altar... »

1.º *Justicia diferida...* ¿ Por cuánto tiempo no ha sufrido Dios la nacion judáica antes de exterminarla, para dar á los ojos del universo un ejemplo de terror ? ¿ Cuántas veces no habia ella provocado la cólera del Señor con la muerte de los justos y de los Profetas, con la abominacion de sus deshonestidades, con la impiedad de sus sacrificios, y con el escándalo de su idolatría ? La muerte misma del Mesías no fue la época de su ruina. Fue, al contrario, cuando Dios en la persona de los Apóstoles le dió profetas, sábios y doctores

bien superiores á todos los que ya habia recibido. Fue con perseguirlos y con hacerlos morir con lo que se trajo sobre sí el último castigo, que solamente se manifestó cerca de cuarenta años despues de la muerte de Jesucristo... ¡Ah! y cuán grande es la paciencia de Dios, tanto sobre las naciones, como sobre cada uno en particular! ¿Cuánto tiempo há que me sufre tambien á mí, no cesando yo de provocar su cólera? Vuestra paciencia, ó Señor, solo pretende conducirme á la penitencia ¹. Voy, pues, á comenzarla sériamente; ya no abusaré por mas largo tiempo de las dilaciones de vuestra justicia.

2.º *Justicia terrible...* ¿Quién podrá describir los horrores del último sitio y toma de Jerusalem? El horrible estado, y sin ejemplo, en que gime esta desgraciada nacion por el curso ya de cuási dos mil años, ¿no es para todos los pueblos del universo un monumento terrible de las venganzas del Señor? ¿No parece, segun la palabra del Salvador, que toda la sangre inocente derramada, empezando de la de Abel, primera víctima de los celos y de la envidia, bajo la ley natural, hasta la última de que hablan los Libros santos ², hasta la del gran sacerdote Zacarías ³, hijo de Baraquías ó Joíada, víctima de su celo bajo la ley escrita? ¿No parece, pues, que toda esta sangre haya recaido sobre la nacion judáica, y que Dios la haga responsable de ella, y se la haga purgar y pagar? ¡Cuántas naciones exterminadas, y de que ya no se habla hoy, han experimentado de este modo los terribles efectos de la ira y de la cólera de Dios luego que llegaron al colmo de sus pecados!... ¿Quién no os temerá, Dios santo y terrible? ¿Qué seria de nosotros mismos sin el gran número de almas santas que contienen aun en el aire el azote de vuestra justa indignacion?

3.º *Justicia próxima...* «En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion...» Las dilaciones de la justicia divina, en vez de movernos á sentimientos de penitencia y de reconocimiento, muchas veces nos inspiran una seguridad presuntuosa. Jerusalem gozaba paz y abundancia, multiplicaba sus delitos, no queria reconocer su Salvador, y oia con suma tranquilidad el anuncio de

¹ Rom. II, 4. — ² II Par. xxiv, 20, 21.

³ Este es el sentir de san Jerónimo, que nos parece mas fundado... El altar de las víctimas no estaba propiamente en lo que se decia templo, sino enfrente, en alguna distancia, en el lugar que se llamaba *atrio*, ó sea *patio del templo*... El Salvador dice, que vosotros habeis quitado la vida, porque no fue un hombre en particular el que lo mató, sino todo el pueblo, que lo apedreó por orden del rey.

su próxima ruina. Acostumbrado el pueblo de aquel tiempo á oír hablar de las amenazas del Señor sin haber visto jamás los efectos de ellas, de ningun modo se persuadia que alguno de cuantos oian estas amenazas del Salvador debiese verlas efectuadas. Pero cuanto mas ha sido diferida la justicia, tanto mas se acerca, porque está señalado el tiempo y el término. En menos de cuarenta años Jerusalem ya no existió, y la nacion fue disipada... ¿Y nosotros? ¿Quién hay que nos asegure contra la ira de Dios, que con tantos pecados hemos irritado? ¿Es acaso porque ya ha tantos años que nos tolera? Pero cuanto mas se pasa el tiempo, tanto mas se acerca el término. ¿Esperamos acaso que llegue? Muchos hemos visto que han sido sobrecogidos de ella: han sido arrebatados de este mundo en toda edad, y aun cuando creian tener todavía tiempo para vivir. ¿Y nosotros? Nosotros vivimos, y vivimos, no para hacer penitencia, sino para multiplicar nuestros pecados. ¡Ah insensatos! se puede decir á la mayor parte de nosotros: la muerte y el infierno os esperan como presa propia suya, ¿y vosotros no temblais? Habeis oido tantas veces, andais diciendo, estas amenazas, y no habeis experimentado jamás su efecto; pues esto es justamente lo que os debe hacer temblar, porque cuanto mas largo es el tiempo que las oís, tanto menos os queda para oirlas. Acaso este año tendrán su efecto, acaso en este mes vendrá un dia en que no os quedará ni una hora. ¡Ah! aprovechaos del tiempo que os queda para convertir en misericordia la ira de Dios, tiempo precioso, y tanto mas precioso cuanto es mas breve: un dia lo deseareis vosotros, y se os negará; aprovechaos, pues, de él mientras lo teneis.

PUNTO III.

De la ternura de Dios.

1.º *Para ganarnos nos trae á la memoria lo pasado...* «Jerusalem, Jerusalem, que haces morir los Profetas, y apedreas á los que á tí son enviados, ¡cuántas veces quise reunir á tus hijos, como la gallina reúne sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!...» Llamemos nosotros á nuestra memoria los beneficios recibidos de Dios.

1.º *Su número.* ¿Cuántas veces, y de cuántas maneras, por cuánto tiempo nos ha llamado Dios, nos ha seguido, nos ha solicitado para darnos enteramente á él? 2.º *La circunstancia del tiempo en que nos los ha hecho...* Nos los hizo y nos los hace cuando lo ofende-

mos, cuando huimos de él, cuando le resistimos, y cuando procuramos sofocar los remordimientos, las inspiraciones y todo pensamiento de salud. 3.º *¿Con qué ternura nos los ha hecho?* La comparación misma de que usa y se sirve ¿no respira toda ternura? ¿No nos descubre en ella su amor, su cuidado, y aun su inquietud por nosotros? ¿Y qué buscaba él en esto sino nuestro bien, nuestra seguridad y nuestra salud? *Y nosotros no hemos querido*: hemos correspondido á tantos beneficios solo con nuestra ingratitud; á tantas diligencias con una obstinada resistencia, á tantas ternuras con una dureza inflexible. *Y nosotros no hemos querido*. ¡Ah! palabra que nos debe cubrir de confusión, llenar nuestro corazón del mas vivo dolor, y animarnos á la mas sincera penitencia. ¡Ah! no la dilatemos mas. Esta voluntad determinada á perdonarnos seria para nosotros en el infierno el sujeto de la mas horrible desesperación.

2.º *La ternura de Dios para ganarnos nos descubre lo por venir...* «Hé aquí que se os dejará desierta vuestra casa...» Figura natural de un alma que con sus largas resistencias ha obligado á Dios á alejarse de ella. De hecho, esta alma es semejante á una casa abandonada y desierta... 1.º *La casa abandonada y desierta está despojada de todo ornamento, y privada de todos los muebles*; así esta alma está privada de la gracia santificante, privada de Dios, sin virtud, sin mérito y sin buenas obras. Ya no se encuentran en ella ni un pensamiento saludable, ningun buen deseo, ningun sentimiento de piedad, ningun gusto para el bien; apenas nacen en ella algunos remordimientos, y en el instante mismo perecen... 2.º *La casa abandonada y desierta está llena de inmundicias y de insectos venenosos...* ¡Ah! todo está puerco é inmundo en esta alma; ella ha venido á ser la sentina de todos los vicios y el albergue de todos los demonios. Está llena de pecados de toda especie, de afecto y de voluntad, de pensamientos y de deseos, de miradas y de palabras: están inficionadas todas sus potencias, é inficionadas todas sus potencias. ¡Qué estado en comparación del de un alma que goza de la gracia de Dios, y que está adornada de todas las virtudes! 3.º *La casa abandonada y desierta se arruina, y bien presto no se ven de ella ni aun señales*. La vejez se avanza, las enfermedades y los accidentes la anticipan, la muerte nos saca de este mundo, y esta alma, destinada para el cielo, tan frecuentemente solicitada para tomar su camino, y para obrar por este término, se aploma en el infierno, donde su pérdida es irreparable y eterna.

3.º *La ternura de Dios para ganarnos nos ofrece lo presente...* «Por-

«que os digo, no me veréis de ahora en adelante, hasta que digais: «bendito el que viene en el nombre del Señor...» Este momento no estaba lejos, Jesús estaba ya al punto de salir del templo para no volver á entrar mas en él: tres dias despues debía morir, y cuarenta dias despues de la resurrección debía subir al cielo, para bajar despues visiblemente á la fin del mundo... El momento presente se debe aprovechar, en él nos solicita la misericordia de Dios; por esto justamente nos llama á la memoria lo pasado, y nos descubre lo venidero. El tiempo es breve, dentro de poco no lo habrá para nosotros. Pasado una vez este tiempo, ya no tendríamos mas á Jesucristo por Salvador, ya no podríamos recurrir á su redención ni implorar su misericordia; ya no lo veremos mas, sino como nuestro Juez, con el terrible aparato de su majestad. Nosotros confesaremos entonces por fuerza que él es el bendito de Dios y el enviado del Padre celestial; pero confesión forzada y sin mérito, y que no podrá impedir la sentencia de una eterna condenación. ¡Ah! reconozcámoslo ahora para evitar una suerte tan funesta.

Petición y coloquio.

Si, ó Señor, os reconozco por Hijo de Dios; lo digo con vuestra Iglesia, sea bendito aquel que viene en el nombre del Señor: á Vos solo quiero escuchar, servir y amar, ó Jesús, ó Salvador mio, ó Juez mio: Vos sois mi Salvador antes de ser mi Juez; salvadme primero de las consecuencias de mis pecados: purificadme de mis pecados, y despues juzgadme. Amen.

MEDITACION CCLVIII.

OFERTA DE LA VIUDA.

(Marc. xii, 41-44; Luc. xxi, 1-4).

Este hecho nos enseña: 1.º como Dios ve nuestras acciones; 2.º cuál es el juicio que Dios hace de nuestras acciones.

PUNTO I.

Como Dios ve nuestras acciones.

1.º *Las ve todas...* «Y estando Jesús sentado enfrente del gazo-filacio¹, observaba como el pueblo echaba en él el dinero, y muchos ricos lo echaban en abundancia. Y habiendo venido despues «una pobre viuda, echó en él dos pequeñas monedas, que hacen un

¹ Arca en que se echaba el dinero de las ofertas en el templo.